

poder. Debía haber comisiones cantonales, compuestas á medias por el senado y por los mismos cantones, encargadas de dar á cada uno de ellos la constitución que más le conviniera. Concedíase además que la Argovia y el país de Vaud quedasen segregados de Berna, y que en cambio las aglomeraciones de territorio que habían desfigurado ciertos pequeños cantones quedarían anuladas. Con todas estas restricciones, prometió el primer cónsul reconocer á la Suiza, reponerla en estado de perpetua neutralidad, y sacar de ella las tropas francesas. Para asegurar el camino militar que pedía, desmembróse el Valais, cediendo á la Francia la porción que ocupa la ribera derecha del Ródano. La Francia en cambio se obligaba á ceder el Frickthal, además de cierta parte de territorio del lado del monte Jura. Partió Reding lleno de esperanzas, creyendo haberse granjeado el favor del primer cónsul, y poder hacer ya en Suiza todo lo que se le antojara.

Mas apenas llegó á Berna este caudillo de los oligárquicos, arrastrado por los suyos, se mostró cual no podía menos de ser bajo tales influencias y con ideas de gobierno tan poco maduras como las suyas. Agregáronse al senado cinco nuevos miembros, sacados del partido patriota, y dióse á Reding un colega encargado de alternar con él en las funciones de landamán, colega que no fué por cierto Dólder, sino un tal Rugger, personaje considerable entre los revolucionarios moderados. Estas nuevas elecciones, que en el pequeño consejo encargado del poder ejecutivo proporcionaron la mayoría al partido de la revolución, se la dieron en el senado al partido oligárquico. Reding además, siendo landamán aquel año, nombró los autoridades según los intereses de su partido; envió, así á Viena como á todas las demás cortes, agentes consagrados á la contrarrevolución, con instrucciones hostiles á la Francia, y sabidas en breve por ésta. Pedía con empeño á todas las potencias que le enviaran representantes para sostenerle contra el influjo del encargado de negocios francés Mr. Verninac. El único agente á quien no se atrevió á remover fué Mr. Stápf, ministro en París, hombre respetable, leal á su patria, que había sabido lograr la confianza del gobierno francés, y asegurarse en su puesto por este solo título. Había prometido Reding dejar independientes la Argovia y el país de Vaud, y no obstante llovíanle peticiones de todas partes solicitando la restitución de estas provincias al cantón de Berna. A pesar de la promesa de emancipar las baillías italianas, Uri pedía enérgicamente, y con amagos, que se le devolviese el valle Levantino. Todas las comisiones cantonales encargadas de redactar las constituciones particulares de cada cantón, excepto dos ó tres, estaban animadas de un espíritu contrario al nuevo orden de cosas, y favorable al restablecimiento del antiguo. No se trataba ya más del Valais ni del camino prometido á la Francia. Finalmente, los vaudeses, viendo la contrarrevolución inminente, se insurreccionaron, solicitando reunirse con la Francia antes que someterse al gobierno de Reding.

De este modo la desgraciada Helvecia, entregada un año antes á las extravagancias de los unitarios absolutos, era presa ahora de las tentativas contrarrevolucionarias de los oligárquicos. Entonces el primer cónsul tomó su resolución con respecto al Valais; declaró que le segregaba de la confederación y le restituía su antigua

independencia. Este era sin disputa el mejor partido, pues al repartir aquel gran valle para adjudicar una orilla á la Suiza y otra á la Francia, se procedía contra la naturaleza de las cosas; dejándose íntegro á la Suiza y abriendo en él un camino y establecimientos militares franceses, se hacía la neutralidad helvética imposible. Montó en cólera Reding al saber esta resolución, sostuvo que el primer cónsul había faltado á sus promesas, lo cual era falso, y propuso al pequeño consejo una carta tan violenta, que éste retrocedió consternado. No era ya posible mantenerse entre los oligárquicos de los cantones grandes y pequeños, atentos á reconstruir el antiguo régimen, y los revolucionarios, insurrectos en el país de Vaud, para obtener la reunión con la Francia. Reuniéronse Dólder y sus amigos del pequeño consejo encargado del poder ejecutivo; eran en éste seis contra tres, y aprovechando la ausencia de Reding que había ido á recorrer por unos cuantos días los pequeños cantones, destruyeron todo cuanto él había hecho, anularon las comisiones cantonales, y convocaron en Berna una reunión de notables, compuesta de cuarenta y siete individuos, elegidos entre los hombres más respetables y moderados de todas las opiniones. Debía someterseles la Constitución de 29 de mayo recomendada por la Francia, introducir en ella las modificaciones que se juzgase indispensables y organizar inmediatamente las autoridades públicas con arreglo á esta misma Constitución.

Para privar á los oligárquicos del apoyo del senado, en el cual estaban en mayoría, se decretó la suspensión de este cuerpo. Acudió Reding á esta noticia, y protestó contra todas las medidas tomadas en su ausencia; pero careciendo del arrimo del senado que estaba suspendido, se retiró, declarando que no renunciaba á su calidad de primer magistrado, y se trasladó á los pequeños cantones para fomentar en ellos la insurrección. Considerósele como dimisionario, y se confió el cargo de landamán primero al ciudadano Ruttimán.

De este modo la Suiza, recayendo por turno de las manos de los unitarios absolutos en las de los oligárquicos, se veía ahora otra vez en poder de los revolucionarios moderados por una serie de arbitrariedades. Estos últimos, por desgracia, no tenían á su frente, como los moderados franceses cuando llevaron á cabo el cambio del 18 brumario, un caudillo poderoso que prestase á la ilustración el apoyo de la fuerza. Sin embargo, instruidos por los sucesos, los partidarios de la revolución de todos los colores estaban dispuestos á entenderse, y á adoptar como buena la Constitución del 29 de mayo introduciendo en ella ciertas modificaciones. Pero Reding hacía cuanto estaba de su parte por insurreccionar los pequeños cantones, y la necesidad de recurrir á un brazo poderoso fuera de Suiza, puesto que en el país no lo había, era casi inevitable. Por más evidente que esta necesidad fuera, nadie, sin embargo, se atrevía á reconocerla; los oligárquicos que veían su ruina segura en la intervención de la Francia, imputaban como crimen á los revolucionarios el querer dicha intervención. Éstos, por no dar á sus adversarios semejante pie de acusación, la rechazaban enérgicamente. Por fin, el mismo primer cónsul, deseando evitar inquietudes á la Europa, estaba decidido á no comprometer á las tropas francesas en los trastornos de la Suiza, á no

ser que acontecimientos extraordinarios lo reclamasen; de manera que aunque hubiera treinta mil franceses diseminados por los Alpes, jamás cedieron nuestros generales á las instancias de los diversos partidos, y nuestros soldados eran espectadores pasivos de todos aquellos desórdenes. Su misma inacción llegó á ser un motivo de queja, pues empezaron á decir los patriotas, y no sin visos de razón, que reinando la paz general en Europa y no teniendo que defenderlos el ejército francés contra los austriacos, ni queriendo protegerles contra los levantamientos interiores, no sacaban ellos más fruto de su presencia que el trabajo de sostenerlos, y las molestias de una ocupación extraña. La retirada de nuestras tropas fué en breve una especie de satisfacción patriótica que los moderados se creyeron precisados á dar á todos los partidos, solicitándola del primer cónsul mientras Reding avivaba el fuego de la insurrección en las montañas de Schwitz, de Uri y de Unterwalden. Parecía tanto más necesario conceder la satisfacción pedida, por cuanto la separación del Valais, definitivamente resuelta, era un acontecimiento que angustiaba los corazones de los buenos patriotas suizos. Consintió el primer cónsul en la evacuación, queriendo dar al partido moderado el apoyo moral más completo, pero temiendo mucho en el fondo el ensayo que iba á hacerse. Expidieronse inmediatamente las órdenes para la evacuación, y quedaron tres mil hombres de tropas suizas á la disposición del nuevo gobierno. Quedaron además cerca de la frontera las medias brigadas helvéticas al servicio de la Francia, y se creyó que aquella fuerza era suficiente para no tener que recurrir más á nuestro ejército. Sucedió á aquellas agitaciones una calma momentánea; aceptóse en todas partes la Constitución de 29 de mayo con ciertas modificaciones; sólo los pequeños cantones se negaron á promulgarla, á pesar de que, por ahora al menos, parecían querer permanecer pacíficos.

Verificóse sin dificultad la separación del Valais. Este pequeño país quedó nuevamente constituido en estado independiente, bajo la protección de la Francia y de la república italiana. Aquella se reservó en él un camino militar, que debía conservar á su costa y proveer de almacenes y cuarteles, como única señal de señoría. Se declaró el camino exento de todo género de peaje, lo cual era un beneficio inmenso para el país; además abriendo el paso del Simplón, construyendo en él la gran calzada que hoy le atraviesa, hacia la Francia al Valais un donativo magnífico, que seguramente no pagaba éste con lo que ella exigía.

Quedaron, pues, suspendidos los negocios en Suiza; pero en breve cundió la alarma entre los oligárquicos, gozosos en un principio de la retirada de las tropas francesas. Al verse libres de sus molestos huéspedes, temieron haber perdido también unos protectores útiles para el caso, muy probable, de nuevas convulsiones revolucionarias. Los que así razonaban eran en verdad los más prudentes; los otros, lisonjeándose con la esperanza de derribar nuevamente el gobierno de los patriotas moderados, deseaban con ansia que la evacuación fuese definitiva, y por medio de sus agentes secretos impetraban de las diversas cortes que no consintiesen más que las tropas francesas volvieran á entrar en Suiza. No era extraño, decían, que se hubiese tolerado la

continuación de su presencia en el país como resultado de la guerra; pero si se verificaba su vuelta, no se podía menos de considerar como violación de un territorio independiente garantido por la Europa entera.

Sabía el primer cónsul todos sus pasos y trazas por que acababan de descubrirse y remitirse á París las comunicaciones del landamán Reding; pero se mostró asaz pasivo, y aun se explicó sobre este asunto con libertad y sin reticencia, como tenía costumbre de hacerlo siempre. Dijo que no ambicionaba la Suiza, que prefería la paz general á la conquista de semejante territorio; pero que no toleraría en ella á un gobierno enemigo de la Francia, y que sobre este punto sus determinaciones eran irrevocables. Las solicitudes de los oligárquicos suizos ejercieron en Inglaterra algún influjo, no sobre el gabinete, pero sí sobre el partido de Grenville y Wyndham que buscaba en todo motivos de queja contra la Francia. En Austria y en Prusia llamaban demasiado la atención los arreglos territoriales de la Alemania para ocuparse en los negocios de la Helvecia. El favor del primer cónsul era allí por otra parte de demasiada necesidad para atreverse á causarle el menor disgusto. En Viena Mr. de Cobentzel llevó la solicitud hasta el punto de manifestar á nuestro embajador Mr. de Champigny todo cuanto le escribía el partido Reding y las contestaciones desanimadoras que él daba á las vivas instancias de aquel partido. La Rusia, bien penetrada de las miras del primer cónsul, conoció que los trastornos de la Suiza eran para éste un verdadero embarazo de que deseaba verse libre, lejos de ser un motivo arteramente dispuesto para atribuirse un territorio ó una influencia más.

Por graves que de suyo fuesen los negocios de la Suiza, por grande que pudiera llegar á ser su importancia, si nuestras tropas volvían á ocupar el territorio helvético, no eran bastantes aún en la actualidad á distraer de los negocios de Alemania la atención de las potencias. Vimos anteriormente que la cesión de la ribera izquierda del Rhin á la Francia había dejado despojados á una multitud de príncipes y que en Luneville se había tratado de indemnizarlos secularizando los principados eclesiásticos que cubrían la antigua Alemania. Llegaba, pues, el momento inevitable de hacer una remoción general en el territorio germánico, y este asunto no daba lugar á atender á otro alguno en la mayor parte de las cortes del Norte.

El Austria, aniquilada por una prolongada guerra, trataba de restablecer sus agotados recursos y de restaurar el crédito de su papel moneda. El archiduque Carlos gozaba ahora de todo el influjo que había perdido Mr. Thugut; y este príncipe, que había sabido hacer la guerra, era partidario declarado de la paz. Había visto desvanecerse en un momento en las orillas del Tagliamento, combatiendo al general Bonaparte, toda la gloria que adquirió en las orillas del Rhin contra los generales Jourdan y Moreau, y quedaba demasiado escarmentado para tratar de habérselas nuevamente contra aquel formidable adversario. Motivos de más alto origen aún influían en sus disposiciones políticas. Veía su casa arruinada por dos guerras largas y sangrientas en que la pasión había tomado más parte que la justicia, y conocía que el Austria, bastante dichosa, aunque vencida, en lograr con la adquisición de los Estados

venecianos un resarcimiento por la pérdida de los Países Bajos y del Milanesado, perdería quizás en una tercera campaña estos mismos Estados sin compensación alguna. Promovido este príncipe á ministro, dedicábase á formar un ejército mejor organizado, y menos costoso que los que en los últimos diez años se habían vanamente opuesto al ejército francés. El emperador, que era hombre sesudo, de juicio más sólido que brillante, participaba de las opiniones del archiduque, y sólo atendía á sacar el mejor partido posible del negocio de las indemnizaciones. Esperaba que éstas le proporcionasen una coyuntura favorable para reparar los últimos reveses que su casa había sufrido.

La Prusia, que en 1795 se había separado de la coalición para celebrar en Basilea la paz con la república francesa; que desde aquella época había restablecido su hacienda por medio de la neutralidad, y ganando nuevas provincias de resultas del último levantamiento de la Polonia, buscaba ahora en la repartición de los bienes de la Iglesia germánica una ocasión para engrandecerse en Alemania, prefiriendo este engrandecimiento á otro cualquiera. Gobernaba un rey mancebo de suma prudencia, que tenía á mucho el pasar por hombre probo, y que, en efecto, lo era, pero que también era sobre manera aficionado á adquirir nuevos territorios, no siendo por medio de la guerra. Fuera de esto, usábase en aquella tierra de un medio singular para explicarlo todo honrosamente. Los actos equívocos de una honradez disputable se atribuían á Mr. Haugwitz, á quien se imputaba ordinariamente todo lo que no se acertaba á justificar, y el cual se dejaba inmolar de grado á la buena reputación de su rey. Esta corte, asaz ilustrada y libre de preocupaciones, había sabido contemporizar con la Convención y el Directorio, y vivir en grande armonía con el primer cónsul. Mostró un instante al advenimiento de éste el deseo de imponerse entre las potencias beligerantes para obligarlas á celebrar la paz; y después que el primer cónsul las obligó á ello por sí solo, no cesó la corte de Prusia de encarecer sus buenas intenciones; lisonjeábale sin cesar, y hacíale entrever para lo venidero un tratado de alianza ofensiva y defensiva, siempre y cuando se la tuviese presente en la repartición de los despojos de la Iglesia germánica.

La Rusia, desinteresada en la cuestión territorial que se agitaba en Alemania, ni era llamada ni se la autorizaba á mezclarse en ella por el tratado de Luneville; no obstante, bien hubiera deseado hacer en aquel asunto algún papel. Mucho hubiera lisonjeado la vanidad del joven emperador, vanidad que comenzaba ya á despuntar bajo una aparente ingenuidad y modestia, el ser elegido por árbitro en semejante negocio. Vivió en un principio sumiso aquel príncipe á los dos personajes que le habían hecho subir al trono por medio de una horrible catástrofe, que eran el conde Pahlen y el conde Panin; pero este yugo era igualmente insoportable á su honradez y á su orgullo. No podía hacerse á tener á su lado unos hombres que le traían continuamente á la memoria espantosos recuerdos, y se sentía humillado con tener ministros que le trataban como á príncipe de menor edad. Ya hemos manifestado cuánta impaciencia tenía por apoderarse de los negocios del imperio, juntamente con los compañeros de su juventud que de continuo le rodeaban, cuales eran Strogonoff, No-

wosiltzoff, Czartoryski y otro amigo de más madurez aún, Mr. de Kotschoubey. Aprovechando una coyuntura oportuna que le ofreció el carácter impetuoso del conde Pahlen, le desterró á la Curlandia. Otro tanto hizo con el conde Panin, é introdujo á Mr. de Kotschoubey en el ministerio. Acababa de nombrar vicescanciller á un personaje de antigua reputación en el gobierno ruso, que era el príncipe Kurakín, hombre de Estado, de carácter apacible, amante del prestigio, del poder, el cual prestaba generosamente su nombre conocido en Europa á los cinco jóvenes que empezaban á gobernar secretamente el imperio. En aquel extraño conciliábulo de un zar de veinticuatro años con unos cuantos señores rusos y polacos de la misma edad llegaron á formarse, según más arriba dijimos, ideas muy singulares acerca de todas las cosas. Pablo I y la misma Catalina eran allí considerados como príncipes bárbaros y sin luces. La repartición de la Polonia se miraba como un atentado y la guerra á la revolución francesa como resultado de ciegas preocupaciones. La misión de la Rusia para lo venidero debía ser enteramente otra; debía proteger á los débiles, refrenar á los poderosos, obligar á la Francia y á la Inglaterra á no traspasar los límites de la justicia, forzarlas á ambas á respetar en sus contiendas los intereses de las demás naciones. Hermosas pretensiones, nobles pensamientos, si hubieran sido maduramente concebidos, si no se hubieran asemejado á aquellos caprichos liberales de la veleidosa nobleza de Francia, criada en la escuela de Voltaire y de Rousseau, que no cesaba de preconizar ideas de humanidad y de libertad, hasta el momento en que la revolución francesa se presentó á exigir de ella que conformase sus hechos con sus teorías. Entonces aquellos personajes filósofos cambiaron de ideas, y fueron los emigrados de Coblenza. No obstante, del mismo modo que hubo en Francia en la nobleza una minoría fiel á sus sentimientos hasta el fin, asimismo entre los jóvenes gobernantes de la Rusia, había dos, que eran Strogonoff y el príncipe Adán de Czartoryski, que se distinguían por sus miras ya maduras y por la estabilidad de su carácter. Descubría Strogonoff una mente sólida y una intención sincera: el príncipe Czartoryski, aplicado, instruido, lleno de gravedad á los veinticinco años, había logrado cierto ascendiente sobre Alejandro y estaba poseído de los sentimientos hereditarios de su familia, es decir, del deseo de regenerar la Polonia, y como veremos en breve, hacía cuanto podía por encaminar á este objeto todas las combinaciones de la política rusa. Estos jóvenes, con las inclinaciones que les animaban, no podían menos de anhelar la ocasión de inaugurarse en Alemania con un arbitramento superior y equitativo que tanto les seducía. El sagaz austriaco supo penetrarse de sus disposiciones y trató de aprovecharse de ellas. Viendo la clara predilección del primer cónsul hacia la Prusia, púsose de parte del emperador Alejandro, y le aduló y le ofreció el papel de árbitro en los asuntos de Alemania. No era la ambición lo que le faltaba al zar para apoderarse de aquel carácter; pero era difícil hacerlo ante el general Bonaparte, á quien un tratado formal atribuía el derecho y la obligación de entender en la cuestión de las indemnizaciones germánicas, no siendo por otra parte hombre que consintiese que otros hicieran lo que á él le tocaba hacer. De modo que el empe-

rador Alejandro, á pesar de su impaciencia de figurar en la escena del mundo, se mantenía en una reserva muy meritoria de su edad, atendidos los estímulos ambiciosos que llenaban su corazón.

Cúmplenos ahora penetrar en el obscuro é intrincado negocio de las indemnizaciones germánicas. Este asunto entablado en el congreso de Rastadt después de la paz de Campo-Formio, abandonado de resultas del asesinato de nuestros plenipotenciarios y de la segunda coalición, agitado nuevamente después de la paz de Luneville, empezado repetidas veces y nunca concluído, era una cuestión á que se iba dando largas por no saber cómo resolverla. No podía esto hacerse sino por la firme voluntad del primer cónsul, pues era imposible que la Alemania lo hiciese por sí sola.

Por los tratados de Campo Formio y de Luneville, la ribera izquierda del Rin era propiedad nuestra desde el punto en que este caudaloso río sale del territorio suizo entre Basilea y Huninga, hasta su entrada en el territorio holandés por entre Emerik y Nimega. Pero con la cesión de esta ribera á la Francia, muchos príncipes alemanes de todos los estados y categorías, así hereditarios como eclesiásticos, habían sufrido pérdidas considerables en territorios y en rentas. La Baviera se había visto despojar del ducado de Dos Puentes, del Palatinado del Rin y del ducado de Juliers. El Wurtemberg y Baden habían perdido el principado de Montbeliard y otros dominios. Los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia quedaron casi sin estados. Las dos Hesses perdieron muchos señoríos; el obispo de Lieja y el obispo de Basilea fueron completamente desposeídos de sus obispados. La Prusia se vió precisada á renunciar en provecho de la Francia al ducado de Güeldres, á una parte del de Cleves y al pequeño principado de Meurs, territorios situados en la corriente inferior del Rin. Finalmente, una multitud de príncipes de segundo y tercer orden vieron desaparecer sus principados y sus feudos imperiales. Y no eran éstos todos los despojos ocasionados por la guerra: en Italia dos archiduques de Austria habían tenido que renunciar, el uno á la Toscana y el otro al ducado de Módena; en Holanda la casa de Orange-Nassau, aliada de la Prusia, perdió el estatuderato además de una cantidad considerable de haciendas propias.

Según las reglas de estricta justicia, sólo los príncipes alemanes hubieran debido ser indemnizados en el territorio germánico. Los archiduques, tíos ó hermanos del emperador, que gozaban hacía mucho tiempo de la calidad de príncipes italianos, no tenían ningún otro título para obtener tierras en Alemania más que el de ser parientes del emperador. Pero el emperador era el que había incitado á la guerra á la desgraciada Alemania, el que la había expuesto á tan considerables pérdidas de territorio y el mismo que ahora la obligaba á indemnizar á sus propios parientes, arrastrados también mal de su grado á tomar parte en aquella campaña loca y desastrosamente conducida. Otro tanto pudiera decirse del estatúder. Si este príncipe había perdido sus Estados, no era la Alemania la que tenía obligación de pagar los yerros que se le habían hecho cometer; pero el estatúder era cuñado del rey de Prusia, y como este rey no quería hacer menos por su familia que hacía el emperador por la suya, pedía que la casa de Orange-

Nassau fuese también indemnizada en Alemania. Así, pues, había que indemnizar, no sólo á los príncipes alemanes, sino también á los archiduques desposeídos de sus Estados en Italia y á los de Orange-Nassau desposeídos del estatuderato. Pidióse á la Francia en el tratado de Luneville, y anteriormente en el de Campo Formio, que consintiese que los archiduques recibiesen tierras en Alemania. La Prusia en el Congreso de Basilea y la Inglaterra en el de Amiéns habían exigido que el estatúder fuese indemnizado, sin que se designase dónde, pero con la intención clara de elegir territorio en la extensión del suelo germánico; y la Francia, que sólo consideraba las indemnizaciones desde el punto de vista del equilibrio general, y á quien nada importaba que fuese un obispo ó un príncipe de Nassau el que se estableciera en Fulda, ni que fuera un arzobispo ó un archiduque el que se estableciera en Salzburgo, no tuvo inconveniente en acceder á ello.

Ratificado por la Dieta el tratado de Luneville, la carga con que el emperador quería gravar al territorio germánico quedaba aceptada con pesar, pero de una manera solemne. Los tratados de Basilea y de Amiéns que estipulaban una indemnización para el estatúder, eran seguramente extraños á la Confederación; pero ni Inglaterra con la influencia que le daba la posesión del Hannover, ni Prusia con su poder sobre la Dieta, seguras ambas por otra parte de la cooperación de la Francia, tenían que temer la menor negativa reclamando una indemnización territorial para el estatúder. Era, pues, punto convenido y casi unánimemente consentido que el estatúder y los dos archiduques italianos participarían de los territorios eclesiásticos secularizados. No faltaban en verdad pingües dominios en Alemania para resarcir á todos esos príncipes alemanes, italianos y holandeses; había muchos y muy considerables, sometidos al régimen eclesiástico, y no había más que secularizarlos para tener vastas campiñas, pobladas de habitantes y fecundas en productos, con que proporcionar Estados á todas las víctimas de la guerra.

Difícil sería calcular el valor exacto, en territorio, población y rentas, de todos los principados alemanes susceptibles de secularización. Muchos había secularizado ya la paz de Westfalia, pero los que quedaban componían cerca de una sexta parte de la Alemania propiamente dicha, así en extensión como en población. Según las valuaciones de la época, asaz incompletas y cuestionables, su sola renta podía ascender de trece á catorce millones de florines; pero sería erróneo el considerar esta suma como renta total de los principados de que venimos hablando, pues se hacía ya deducción de los gastos de recaudación y administración y también de una multitud de beneficios eclesiásticos con abadías, canonicatos, etc., que no se comprendían en el producto neto que acabamos de mencionar, y que en la secularización debían pertenecer al nuevo poseedor: de modo que si se calculaba el producto de aquellos territorios según se hacía en Francia en 1803, y como se calcula hoy más rigurosamente, vendríamos á parar en una estimación tres ó cuatro veces mayor, esto es, en una renta de cuarenta á cincuenta millones de florines (de ciento á ciento veinte millones de francos).

Sólo, pues, se puede determinar el valor de estos Estados afirmando que comprendían cerca de la sex-